

TE MIRO , PERO NO TE VEO.

Álvaro M. Valenzuela Fuenzalida.

Aprender a observar el mundo circundante es algo difícil, casi tan difícil como aprender a “mirar” el propio yo íntimo. Curiosamente esta habilidad tan fundamental no figura en los “programas” de casi ningún método pedagógico, con una excepción: el método scout. El juego de los Signos de Pista y el juego de Kim – entre otros, plantean y se formulan para desarrollar esa destreza.

A medida que envejezco aumento mi capacidad de observación de lo cercano y descubro “cosas” que estaban allí, pero no entraban a mi mundo consciente. A medida que mis ojos pierden su capacidad visual, no obstante, veo “otras” cosas, “Cosas que en realidad no son cosas, sino matices y penumbras, sombras, esfuminos.

Y, ha sido un hecho – conocido – por la prensa escrita - el que ha renovado mi interés – traducido en “observación” - por los rostros y por la piel, la vieja piel mía y la de todos los que me rodean.

El hecho: la Santa Madre Iglesia, beatificó el 3 de Septiembre de 1988, en Turín a Laura Vicuña Pino (1891-1904), chilena, fallecida en Junín (Argentina), teniendo a la vista una pintura realizada por un pintor italiano. Esta obra, un retrato, no correspondía en absoluto al rostro de Laura Vicuña. Sus rasgos eran los de una niña europea, que bien pudo nacer de ancestros florentinos o venecianos. El verdadero rostro se ha conocido muy recientemente: se trata de un rostro muy chileno, con características indígenas – según algunos “patagónicas”, con una tez y rasgos netamente mestizos.

Lo menos que se puede decir, al respecto, es que se trata de algo bochornoso para la iglesia – visible y jerárquica y que hace pensar que puede haber desprolijidad en estas causas de

beatificación y de canonización. Pero prescindiendo de ese tema eclesiástico en el que otros más ilustrados que yo darán su opinión, vuelvo a mi interés por los rostros y por la piel de los humanos.

Personalmente nunca había dado mucha importancia al análisis del color de la piel de los humanos y de otros aspectos asociados a su corporalidad: forma del cuerpo, expresión y ritmo corporal, herencia, razas, etc. La raíz de esta indolencia puede hallarse en la formación cultural y el medio social en que nacimos y en el que nos formamos. Allí la norma era mirar a nuestro alrededor desde la perspectiva europea: la que sin mayor análisis caía dentro de la categoría de *raza blanca*. No obstante, muy cerca nuestro, en el ámbito familiar, hubo dos personas – a las que tanto debemos – con un estereotipo corporal indudablemente no europeo y de clara raigambre indígena: Margarita Godoy y Ester Bugueño.

El colegio que nos educó tenía una orientación europeizante manifiesta en los “padres” del colegio (franceses de origen bretón) y en el contenido de casi todos sus programas. Los idiomas extranjeros eran el inglés y el francés, y el castellano de España, era sobre todo gramática y conocimiento de algunos autores del siglo de oro. Los franceses nunca han sido amigos de los españoles y eso se notaba en el colegio. España era todavía el imperio opresor y su herencia era desdeñable. Tampoco era todavía la época del acercamiento al Chile real, al de las grandes mayorías, al del sustrato popular de la nación. Nos creíamos “los ingleses de la América del Sur. Pero a partir de los años 20, en Chile, creció la conciencia de que no éramos sólo eso. Y, creo que el interés por esta realidad pequeña y local fue despertada en Chile por la lectura de autores rusos (fue el caso de Gabriela Mistral).

La historia que conocimos en el colegio estaba basada en la antigüedad greco romana, en las guerras de esos imperios y en algún conocimiento de la Edad Media, de la Reforma Protestante y de la Primera Guerra Mundial. De la Segunda Guerra, de la cual habíamos sido parte, no sabíamos nada, porque se afirmaba que la historia reciente no era todavía “historia” por falta de perspectiva. La Historia de Chile del siglo XX, tampoco estaba considerada por los mismos motivos y seguramente por otros ligados al sesgo ideológico anticatólico de esos gobiernos.

La constitución racial del país, no era un tema programático, a pesar de que importantes historiadores chilenos, como Francisco Antonio Encina, ya habían propuesto algunas teorías sobre la composición racial de nuestra nación. Encina tenía claro que en Chile había habido un proceso de mestizaje muy intenso y que fuera de algunas elites, el pueblo chileno era heredero de las etnias que aquí encontraron los conquistadores, desde el desierto del norte hasta la isla de Chiloé. Pero, no éramos capaces de ver a esos chilenos. Los teníamos delante de nuestros ojos, pero no los veíamos.

La misma iconografía religiosa recogía el arte sulpiciano en que Jesús de Nazaret era presentado con el rostro de un florentino buen mozo y lacrimoso. Los templos seguían la moda europea en su arquitectura y el latín era la lengua litúrgica. La curia romana era mayoritariamente italiana y la Iglesia romana era presentada como la madre de todas las iglesias y su obispo, como representante del sucesor de Pedro, la Piedra.

Debemos reconocer que los medios capaces de transmitir la cultura en la pluralidad de sus formas eran escasos, se limitaban a la prensa escrita y a la radio. La circulación de los libros publicados en Chile, era casi nula y sin la visión de un inmigrante portugués Carlos George Nascimento (Islas Azores 1875 – Santiago 1966), una pléyade de escritores chilenos afincados en lo vernacular, no hubieran sido publicados. Sin embargo el costumbrismo de esos escritores de la primera mitad del siglo XX, si bien rescataba la vida simple de los campos, de los montañeses de bosques impenetrables y lluviosos, de las caletas desconocidas, no tenía todavía el rigor de una presentación ordenada y analítica. Leerlos era entretenido, pero nos llevaban a un mundo tan lejano como el África de Stanley y Livingston. Y, sin embargo, teníamos a esa gente delante de nuestros propios ojos, aquí en Viña del Mar, pero no la veíamos.

En el plano de mi propia formación personal, además del ambiente del colegio de los Sagrados Corazones, mis años de estudio en Los Perales reforzó mi molde europeo en todo sentido. Estudié latín, griego y hebreo y me familiaricé con los grandes autores de la cultura del Mediterráneo. Poco a poco me abrí al inglés y he llegado a conocerlo en un grado aceptable. Ese mundo del Escolasticado de Los

Perales era exquisitamente diferente del de otros seminarios y casas de formación en Chile. La disciplina en el Canto Gregoriano daba la pauta a todo lo demás. No había mejor canto gregoriano en Chile – no en vano los maestros habían venido de Solesmes. Y, nada de eso nos acercaba a la gente del valle de Marga Marga. Éramos una isla, autosuficiente.

Sin embargo, reconozco que esa herencia monástica es parte de lo mejor que hay en mí y que mi vivencia de ese mundo europeo que me liga a Francia y a España, completada por mi estancia en los Estados Unidos, da un sello a todo lo que soy y que hago hoy.

Los años han pasado, ese mundo congregacional ya no es el mío, sino en el hondón rico de los recuerdos y de la compañía de mi hijo Matías. Mi día es diferente del de hace diez años. Y, de pronto todo lo que puedo hacer es mirar, observar y registrar el flujo de imágenes que tengo delante de mí. He crecido como “observador”.

Como consecuencia miro, con la plenitud de la mirada, que es curiosidad, detalle, deleite, deseo, gratitud por la belleza que veo, cercanía en la hermandad de la familia humana y también dolor, por las limitaciones y el destino cercano de todas ellas. De pronto la observación da pie al análisis: ¿cómo hemos llegado a lo que somos como familia humana? Cuántos millones de años de evolución a partir de formas primitivas, tentativas y que casi siempre condujeron a caminos sin salida. Y, es ahí cuando reconozco que para un análisis digno de ese nombre requeriría de conocimientos avanzados en la biología de la herencia, en la química de los ácidos básicos de la vida, en la influencia del medio y en la interacción entre el desarrollo morfológico y los estereotipos culturales. Y, ya no tengo tiempo para eso. Por lo cual sólo miro y trato de ver.

Estoy en la Galería Paseo del Mar, a una cuadra de la Plaza de Viña. Es un centro comercial de dos niveles y tiene forma de una ele (L). Se accede al primer nivel – el más concurrido – por una escala. Pienso que hace solo 15 años se habría inundado completamente por la subida del estero. Bueno, ahora llueve menos. En la esquina del piso bajo hay un café con sillas y butacas en el mismo vértice, al aire interior. Me siento y espero con paciencia mi pedido.

Hay un flujo permanente de personas frente a mí. Visitan unos pequeños locales que ofrecen ropa femenina, joyas baratas y otros items inclasificables. De cada diez personas nueve son mujeres y entre ellas predominan la que están entre los 20 y los 30 años. Se ven algunos niños, de la mano de sus familiares. El ambiente es agradable: la luz pareja – son las cuatro de la tarde; la gente se siente segura, ya que hay un guardia privado en cada esquina. No veo a nadie usando teléfonos celulares, lo cual me llama bastante la atención.

La temperatura al interior de este recinto debe estar cercana a los 25 grados y eso explica que las vestimentas femeninas se caractericen por ser de telas livianas y con grandes escotes que muestran bien la plenitud mamaria de estas damas y de estas adolescentes, sus hombros y sus rostros.

Esta circunstancia permite observar bien algo que en flujo más desordenado de las calles es menos evidente. Veo el color de la piel, la forma del rostro, su cabellera, la forma de sus hombros y de su espalda, las mamas y la huella de sus glúteos, sus piernas. Hay además otros signos que “hablan”. Ninguno de ellos pertenece al lenguaje verbal: son: el ritmo de su caminar, el tono de sus voces, el modo como se relacionan en el grupo, el uso de sus manos, la dirección de sus miradas y por supuesto su vestimenta.

¿Qué veo? Lo primero en que se fija mi atención es en el color de la piel. Sólo uno de cada diez podría acercarse a lo que suponemos es característico de “raza Blanca”, nórdica, la generalidad, en la piel que veo es de un tono cercano al canela claro. Curiosamente aquella piel que identificamos con la raza blanca – personas de ascendencia nórdica – exhibe en sus rostros una pigmentación rosada, propia del esfuerzo o del paso de su sangre por sus capilares. Conclusión: no hay negros y no hay blancos. Estas razas no pueden identificarse por el color de la piel de sus rostros. Simplemente existen tonalidades, infinitamente sutiles. Pienso, además, que más allá de la pigmentación de su epidermis, el color de su sangre, de sus huesos y músculos, de todo que está bajo esa piel: tiene el mismo color en toda la familia humana. Más aún, parece que los individuos más antiguos de nuestra familia humana o bien estuvieron cubiertos por una pilosidad general o bien se desarrollaron con una pigmentación muy oscura, que hoy día

asimilaríamos a la de los africanos cercanos al ecuador. Porque ni siquiera se puede afirmar que ser negro es ser africano . Hay africanos de la supuesta “raza blanca”.

Hay un rasgo, más evidente en los varones que establece una clara diferencia: las razas indígenas no generan *canas* en sus adultos mayores. La cabellera de los chilotes es abundante y negra hasta muy entrada la edad. Por otra parte las luengas *barbas* fueron un rasgo distintivo de los conquistadores. Las razas aborígenes tenían y tienen alguna barba rala. Cantinflas, es un tipo mexicano muy representativo. Su *bigote* es pequeño y su expresión está dada sobre todo por sus ojos y su boca.

¿Cómo se llegó a este tipo de piel? Antes de abordar esta pregunta prefiero mirar atentamente otros aspectos. Veo los rostros y es en este conjunto: de frente, nariz, mejillas, puente, labios, mentón y cuello, forma del cráneo, pilosidad, perfil frontal y trato de clasificar y ordenar mis percepciones. Surgen entonces algunas conclusiones: hay individuos cuya herencia indígena <sup>1</sup> es manifiesta y otros que se acercan al prototipo europeo, con la mezcla inevitable. Los rasgos que más definen esta clasificación – tan burda – son la forma de los labios. En general en los descendientes de las etnias anteriores a los españoles, estos son carnosos y expresivos. Veo bastantes sujetos que respiran por la boca con los labios abiertos. La figura es sensual y sugerente. En el grupo europeo, los labios son finos y muchas veces se cierran dejando sólo una línea. Esta formalidad – es decir la forma de los labios es, muchas veces, clara muestra de ancestros africanos, aún en personas de piel clara.

Pues, contrariamente a lo que mucha gente piensa, en Chile hubo esclavos africanos que llegaron por al vía de Perú y que por la crudeza de nuestro clima no se adaptaron y fueron llevados a otros lugares de América o bien murieron prematuramente. No sin antes haber tenido progenie, siendo así el aporte africano – que

---

<sup>1</sup> Uso el término **indígena**, en un sentido más cercano al origen idiomático: *gente de allí* y nunca tiene una connotación negativa. Este uso de la palabra llevaría a decir que los castellanos son “indígenas” de Castilla. Hablar de **indios** fue y sigue siendo una aberración. **Aborígen** es una palabra más justa, pues significa los que tienen su origen allí, con las restricciones que hemos establecido.

ignorantemente hemos denominado “negro”, otro de los componentes étnicos de la raza chilena.

Por supuesto que a las costas de Chile, han llegado una multitud de grupos de otras etnias. Entre ellos: chinos en el norte, yugoeslavos – fundamentalmente croatas – árabes y en general habitantes del Oriente Medio. Los europeos con más presencia han sido los españoles – que no son un grupo homogéneo, racialmente hablando, los ingleses, alemanes, franceses e italianos. Todos ellos, en conjunto con los “pueblos de la tierra”, los *mapuches*, han dado forma a este grupo nación que llamamos chilenos.

La forma corporal general es sin duda algo que permite clasificar a ciertos grupos. La herencia indígena se hace presente en una estatura de mediana a baja, cuello corto, cabello abundante, y sobre todo en caderas anchas y como hemos dicho en labios generosos. Como resultado de esta observación me resulta evidente reconocer que los conquistadores españoles ante tales mujeres, a tal punto diferentes de muchas de su tierra hispánica, no dudaron en rodearse de ellas, con varias al mismo tiempo. En la península habían conocido las prácticas moras y no se quedaron cortos.

El color de la piel, es un aspecto importante, pero no definitorio. En general los chilenos con ancestros indígenas muestran una piel que impropriamente podríamos calificar de *morena*, que puede ir desde un color cercano a la canela clara hasta un grado de oscuridad cercano al africano de tez clara. Pero tenemos connacionales de origen español con piel de color muy oscuro, cuyo origen podría estar en su herencia morisca.<sup>2</sup>

Es obvio que de una forma corporal no se puede deducir un comportamiento afectivo. Es un hecho, estas características corporales – la de los indígenas – han dado expresión, entre nosotros a personas de gran calidez, capaces de una relación erótica difícilmente habida en los visigodos medievales. Según Paul Gee,

---

<sup>2</sup> No he tenido a mano un índice de colores que le pudiera dar más rigor a esta presentación.

médico norteamericano de origen chino, las mujeres chilenas son *sensuales* – y me aclara que no quiere decir “sexuales”.<sup>3</sup>

Procediendo a un ordenamiento tipológico me atrevo a pensar que el *mestizaje* es una realidad universal y que no hay individuos o grupos *puros*, ni siquiera entre los europeos que han llegado a este país.<sup>4</sup> En el caso de los españoles el entrecruce de razas es real y muy complejo: ellos han recibido herencias de todo el mundo, del Mar Mediterráneo, del norte de Europa, del África – y no sólo de los árabes – y, a su vez en el correr de estos siglos de “conquista”, han recibido inmigrantes americanos que poco a poco han dejado su impronta en esas etnias peninsulares. El caso de los andaluces que llegaron en gran número a Chile, y que tienen en una alta proporción sangre morisca, es muy interesante.

Y, sin embargo dentro de este mestizaje general, es posible detectar algunos grupos particulares. A mi juicio y como hipótesis, en la raza chilena se podría distinguir: 1) De origen nórdico, germánico, castellano-vasco, casi sin mezcla con grupos de la tierra; 2) Europeos con herencia morisca; 3) Orientales todavía sin mezcla alguna. 4) Chilenos con alguna connotación indígena; 5) Chilenos con ancestros africanos; 6) Indígenas con algún ancestro europeo; 7) Indígenas con escasa presencia de ancestros europeos; 8) Indígenas con nula interacción con otras etnias – pero, sin duda, mestizos en el sentido enunciado más arriba.

En algunos casos se puede rastrear la herencia indígena hasta grupos actualmente vigentes y que cuentan con una cierta coherencia racial y cultural, pero en otros el nexo es hacia etnias actualmente extintas. Este es el caso de descendientes de atacameños, diaguitas, chonos, kaweshkar, selknam y muchos otros.

Sin duda que desde el punto de vista de la herencia, juega un papel muy central la relación hombre-medio ambiente. La pigmentación de la piel y su tránsito desde los africanos más antiguos

---

<sup>3</sup> Este texto hace principalmente referencia a mujeres, sin que estas observaciones se puedan extender sin examen al sexo masculino.

<sup>4</sup> NO EXISTEN GRUPOS VERDADERAMENTE ORIGINARIOS. Se trata de un enfoque errado y muchas veces mal intencionado que oculta otros propósitos.



de piel muy oscura hasta los nórdicos de tez clara puede explicarse como una respuesta evolutiva al medio, especialmente a la luz solar – radiación UV, y a otros factores.<sup>5</sup>

Y, volvemos a la pregunta original: ¿por qué te miro y no te veo? La respuesta es simple no se nos ha educado para ver esa realidad. El mundo cultural construido en nuestras mentes ha sido un mundo europeo y del norte de Europa. Todos los prototipos de belleza han ido tomados de la Italia Renacentista, del mundo anglo sajón y de nuestros mismos ancestros visigodos. Y, sigue siendo así. Con algunas concesiones excepcionales. Pero, hay cambio. En una cultura tan europea – en el sentido indicado – las grandes minorías étnicas hacen sentir su peso y se integran a los medios de comunicación., con sus rostros y cultura propia. El mismo hecho de que en 2009 se haya elegido un presidente nacido de familia africana, tiene una enorme significación.

Desde el punto de vista biológico y evolutivo es muy bueno que así sea. El *inbreeding* constituye una gran amenaza para todas las razas.

Vayan estas reflexiones como recuerdo agradecido a nuestras mamas : Ester y Margarita, a quienes tanto debo. Ellas, sobre todo Ester eran del tipo chileno indígena más puro, con su peculiar belleza, bondad y generosidad.

ALVARO MIGUEL VALENZUELA FUENZALIDA

Viña del Mar, 21 Marzo 2010.  
(Revisado en Julio 2012)

---

<sup>5</sup> La pigmentación de la piel está dada la presencia de *melanina*. A mayor exposición a la luz solar, aumenta la proporción de esta sustancia.